

**Discurso redactado y pronunciado por Abril Amado, Sebastián Nahuel Pasarín y
Vera Grimmer en el acto de graduación del turno tarde de la promoción 2012.**

Buenas tardes a todos los presentes. Familiares, trabajadores de la educación, amigos. Poco sentido tiene hablar de por qué ahora, por qué acá y por qué así. Estamos en el baile, bailemos.

Cuando pensamos de qué hablar hoy, qué decir como promoción, se nos viene a la cabeza la idea de un profesor: uno de los posibles anagramas de “destino” es “sentido”, esto es, siempre viajamos hacia para llegar a algún lado...

La concepción que se tiene del alumno del Nacional Buenos Aires es esa: alguien que estudia acá para llegar a ser algo, desde Presidente a Premio Nobel. Un profesional. La clase gobernante. La élite. Ahí supuestamente hemos de llegar, pero, como siempre, nos olvidamos de una pequeña parte: el sentido. **¿Por qué nosotros sí y otros no? ¿Hay algo que realmente nos haga diferentes? En concreto, el interrogante madre: ¿Qué significa, para nosotros, ser egresados del CNBA? ¿Qué sentido queremos darle al diploma que hoy recibimos?**

¿Es posible homogeneizar todas las experiencias de, en el menor de los casos, cinco años de colegio? ¿Podríamos en estas líneas abarcar todas las concepciones, las subjetividades, los ideales de todos nosotros? Está claro que no. En este discurso sólo habrá interrogantes para plantearnos, viejos debates y preguntas. Afirmaciones para pensar y redefinir constantemente. Y seguir caminando, quizás distinto, quizás igual.

El presente es un punto inasible, decía María Inés González; no podemos pretender encontrar respuestas a las preguntas del ahora sin reeditar interrogantes del pasado. Algunos todavía inconclusos. Por esta razón tampoco podemos encontrar verdades acabadas. Sólo podemos, pensando la historia, estar mejor parados para afrontar el devenir. El porvenir.

Hablar de este Colegio es hablar de Historia Argentina, aunque a algunos les guste pensarlo a la inversa. De la Historia Argentina no originaria, no india. De la Historia occidental y cristiana, de la historia burguesa, de la Gran Nación, la hija de España. La que pareciera comenzar en 1810, con nuestra inserción al concierto mundial y la que deja afuera a nuestro pasado Inca, a nuestro origen verdaderamente americano.

“Los egresados del Nacional” estuvimos allí presentes. Los mejores revolucionarios de mayo calentaron como nosotros los pupitres de estas aulas. Moreno, Belgrano, Castelli, Monteagudo, Dorrego. Este Colegio funcionó como sede de la vanguardia iluminista americana, influenciada por la potencialidad transformadora de la burguesía europea y del nacimiento de las jóvenes “democracias” liberales. El principio *Liberté, Égalité, Fraternité*, el Contrato Social. En un proceso que es por demás complejo de analizar rescatamos la toma de conciencia sobre la capacidad liberadora y social de la educación expresada a través de la libertad de prensa y de opinión, los incipientes despertares democráticos de una generación de emprendedores y el carácter americanista y aborigenista de la Revolución de Mayo.

Rivadavia, fundador de la UBA y refundador de esta institución, sería años después la cabeza política de la burguesía comercial del Plata. Unitaria, porteña, egoísta y aduanera. De su pluma saldría la ley de enfiteusis, con la cual regaló nuestras tierras a los terratenientes ingleses. Consolidó la dependencia de la Nación con el Imperio Británico produciendo una deuda externa, que todavía hoy seguimos pagando, promoviendo así una incipiente nación pre-condenada a la dependencia y un país que pareciera terminar en las afueras de Buenos Aires.

En rigor de verdad, es el gran Bartolomé Mitre el fundador del COLEGIO NACIONAL DE BUENOS AIRES y por extensión pareciera, de la patria toda. Bajo el rótulo de la “Organización Nacional” (nombre que luego tomaría la Junta Militar para bautizar al “Proceso de Reorganización Nacional”) se instauró un plan sistemático de fraude, persecución, y asesinato de caudillos federales, y opositores en general. Quiroga, Peñaloza, Varela: ellos no estudiaron en el Nacional Buenos Aires, pero también tenían un proyecto

de país. En este sentido, el Colegio es paradigmático en la dicotomía entre Civilización y Barbarie planteada por Sarmiento, que aunque se quedó afuera del ingreso por muy poco, es fiel representante de esa generación.

A Mitre hay que agradecerle la concepción elitista del egresado de “El Colegio”. Porque en su proyecto de organizar a la Argentina para insertarla en el contexto mundial como país agroexportador, era necesaria la creación de una clase dirigente, patricia y aristocrática, que monopolizara el conocimiento, heredara dicho proyecto y lo llevara sin desviaciones; pero por sobre todas las cosas sin intervención popular, sin barbarie. Para eso cobijó a los instructores de la Europa como Amadeo Jacques, el profesor del que hablaba Cané en Juvenilia. Decía Jacques que la “*educación secundaria se dirige principalmente a la población acomodada tanto de las ciudades como de las campañas. Forma y mantiene encima de las masas una clase selecta...*” Este proyecto del que hablamos alcanzaría su clímax con la generación del 80 y la campaña del desierto. Desde este momento estamos predestinados a llegar a algún lado, eso que hablábamos al principio. Fiel representante de esta casta es el Dr. Cané, quien como autor de la Ley de residencia le agregó su toque distintivo al principio alberdiniano “*gobernar es poblar*”, “*gobernar es poblar y luego reprimir*”.

Aristóbulo del Valle, fundador de la Unión Cívica Radical, se formó a la luz de las ideas del liberalismo, de las nuevas democracias. La versión revolucionaria de la UCR arrancó a otro egresado del Colegio la Ley Sáenz Peña. Las elecciones, todavía limitadas en cuanto a quienes podían votar, pero existentes al fin. Debates que quizás surgieron en estas aulas y se extendieron al campo legislativo. Yrigoyen ganaría, en contra de los pronósticos de la oligarquía, las elecciones. Las nuevas clases medias y populares inundarían las aulas de la universidad. En parte con ellas se sancionaría la Reforma Universitaria, paradigma aún incumplido de la democracia educativa. Decía esta reforma que “*el concepto de autoridad que corresponde y acompaña a un director o a un maestro en un hogar de estudiantes universitarios, no se ejercita mandando, sino sugiriendo y amando: enseñando.*” Aclara también que somos “*los estudiantes los que tenemos la prioridad soberana y de derecho para darnos un gobierno propio*”.

Luego Alvear protagonizó una ruptura dentro del partido radical. Miembro de la aristocracia, altamente influenciado por la Europa, mantuvo en palabras de Félix Luna, un gobierno “*cómodo, burgués y sin sobresaltos*”. Luego Justo y la década infame y el fraude patriótico. Por lo menos de él no hay bustos ni cuadros en estas aulas.

Por un tiempo, la élite se corrió del plano. Dio lugar en el gobierno a los sectores populares, a las mujeres. El CNBA prefirió no estar a la altura: recién en 1956 permitió el ingreso a las profesoras mujeres y en 1958 a las mujeres alumnas, ambas bajo el rectorado de Risieri Frondizi. Tardaron varios años en ser aceptadas por los profesores más tradicionales, al punto de que no compartían la misma mesa.

Muchas y muchos fueron expulsados por la Revolución Argentina en 1966. La violencia del partido militar con Onganía a la cabeza tuvo su respuesta popular que venció en todos los frentes. Con la revolución cubana como faro histórico y con el Cordobazo como hecho emblemático, el país se fue radicalizando, dio lugar a los 70 y la sociedad se transformó. La intervención camporista en la facultad nombró a un rector para nuestro Colegio que había sido cesanteado en el 66 por oponerse al golpe militar: el Dr. Raúl Aragón. Paradójicamente, (por ser interventor) es el único antecedente de una gestión democrática y consensuada por docentes, estudiantes y no docentes, que tuvo el Nacional en toda su historia. Dice Enrique Vázquez (historiador y ex alumno) que con el rectorado de Aragón “*la generación del 73, se apropió de la idea de la clase dirigente del mañana y le cambió el sentido. De clase dirigente del país liberal al intento de constituirse en vanguardia de una revolución contra ese país liberal*”.

Con Perón, Isabelita y López Rega comenzó a funcionar la Alianza Anticomunista Argentina. Luego nuestros 108: Magdalena, de 15 años; Franca, abanderada y beca estímulo; El roña, velado en el Claustro Central del Colegio. Sinfonía para Ana, la Otra Juvenilia. Nuestro colegio se involucró y se comprometió socialmente, como comunidad educativa. Quiso generar otro sujeto, modificando el enfoque pedagógico expulsivo y elitista, eligiendo a su rector, y replanteándose a sí mismo tanto intelectual como

históricamente. Por eso, muchos fueron asesinados sólo por estudiar acá. Otros tantos exiliados.

Nuestra historia más reciente es necesariamente más compleja. Nuestro centro de estudiantes, como lo conocemos ahora, nació en el 2001, al calor de la rebelión popular. Desde entonces se han encarado muchas peleas cuyo denominador común fue la necesidad de ser escuchados como comunidad educativa. De tener un colegio y una Universidad más democráticos.

Pero, para nosotros, ¿Qué significó ir al colegio? Seguro implicó más que sentarse en un banco y absorber todos esos datos que caen a la clase desde la tarima del profesor.

Nuestro pase por este colegio comienza allá lejos, en el año 2006 cuando subimos por primera vez las escaleras de la entrada para empezar el curso de ingreso. Con doce o trece años veníamos a clases los sábados a la siete de la mañana. Había mucho que estudiar, mucho que aprender... O no, en realidad, lo que había que hacer era sumar puntaje. El colegio es “*una isla de mérito*”, como dice una nota de La Nación de marzo de este año (de qué tipo de mérito valdría la pena preguntar). ¿Pero realmente lo es? Muchos tenían que seguir estudiando en institutos o academias. Si sumabas menos de 300 puntos tenías que olvidarte, no estabas a la altura. Y, sin embargo, queríamos venir a este lugar porque era el hogar de las élites, aunque quizás no entendíamos bien ese concepto de “élite”.

Un buen día de diciembre, venías al colegio a buscarte en una lista de los futuros alumnos. Y ahí estabas. Entonces reventabas de alegría y al año siguiente te convertías en uno de los alumnos de primero, los que estaban aislados en el tercer piso, los “borregos” o, como nos llamaban en esa época, “peluches”. Y entonces empezabas la vida del secundario, la vida del bachiller, el que tenía tp’s de geografía a las 11 am, que tenía la prueba de natación y se

quedaba sin agua mientras se bañaba. Había que estudiar latín, saber cómo era la troiana fabula, saber saludar en francés y en inglés. De repente corría un llamado por los pasillos, “ASAMBLEAAA”, y había que ir a ver de qué se trataba toda esa movida de gente acudiendo a debatir y votar en el claustro central.

Y así iban pasando las semanas hasta que llegabas a tercero o a cuarto. Ya tomaste el colegio cuatro veces, tuviste tres rectores distintos, ya te indignaste con las notas de c5n, hiciste unos cuantos informes de física, rompiste algún tubo de ensayo en química... y de repente tu pensamiento está transformado. ¿Pero de dónde viene esa transformación? ¿De la institución? Quizás del conocimiento que nos proporciona. Pero por sobre todo, viene de los mismos compañeros, de nuestros amigos sentados por ahí en este aula, de la presencia del Centro de Estudiantes constantemente demostrando que ese sistema estático, que hacía dos o tres años parecía perfecto, tiene fallas, tiene falencias. Y no podemos dejar de mencionar algunos increíbles profesores con una capacidad para hacer pensar realmente enviable, esos que te parten la cabeza haciéndote cuestionar todo.

Cuando de repente llegaste a quinto, ya sos otra persona. También vas a tomar el colegio esta vez. Quinto es un año que, entre las fiestas, Bariloche, la vuelta olímpica y la última pintada, parece más una liberación. Los redondos cantaban que las despedidas son esos dolores dulces y quinto se vuelve un maratón de cansancio, alcanos alquenos alquinos, llegadas tarde, firmar el boletín cuando cumpliste 18, un amigo es una luz y pelearse por el disfraz de la fiesta de egresados, y si queremos ser melancólicos, recuerdos que no voy a borrar, personas que no voy a olvidar, silencios que prefiero callar...

Venir al colegio para nosotros implicó darse cuenta de que, en realidad, no queremos absorber todo lo que nos dicen. Queremos pasarlo por un filtro personal, queremos discutirlo, debatirlo y luego adoptar una posición personal. En *Rayuela* hay una gran pregunta: “¿Por qué entregarse a la Gran Costumbre?” Y sí, vale más renunciar, cambiar, teñirse el pelo verde moco, ser snob esta semana y en un mes jipi revolucionario, vale más luchar por algo que sentimos único, aunque sea tocar en el CENBArock y ganarle a la burocracia de cultura (sic). Por qué entregarse a un discurso hegemónico, decimonónico y anacrónico, por qué rendirse frente a la hoja en blanco, por qué estudiar latín, por qué

correr las 8 vueltas al campo a las 7.45 de la mañana durante 5 años. ¿Porque nos gusta sufrir? ¿Será que somos cuerpos dóciles, atornillados al pupitre de hace 200 años, y de cuando en cuando nos surge alguna insurrección? Quizás somos unos vagos, ¿no? Quizás queremos tomar colegios y que viva la pepa y atropellar al mundo. Así nos han tildado -y seguirán haciéndolo- los medios de comunicación, algunos padres, algunos profesores, las autoridades.

Constantemente las luchas estudiantiles son descalificadas por los medios, por la sociedad. “Es una lástima, dicen, que estén tan politizados”. ¿Por qué no pensar políticamente si nuestra vida cotidiana está cargada de pequeñas y grandes decisiones políticas? ¿Por qué no intentar solucionar los problemas e injusticias del ámbito en el que vivimos?

Así nos vamos moviendo, a los tumbos, hoy con una convicción determinada, mañana quizás no, todo el ahora se escurre fácilmente, quemando de a poco los años y los pactos. Cuántas veces nos hemos preguntado si todo el esfuerzo fue válido, si realmente militamos por una causa que represente a todos, cuántas veces nos preguntamos por nuestras propias elecciones. Seguramente el sólo hecho de estar preguntándonos es elegir. Hacer un multiple choice, tachar a b c o d, y ver que la nota numérica cae redonda sobre nuestras cabezas. Sos un dos, mientras que tu compañero diez está en el podio... ¿en el podio de qué? Solemos considerar que el “buen alumno” es el que tiene “buenas” notas, que terminan siendo un número, lisa y llanamente. Afuera queda las demás razones, las demás experiencias. ACÁ AL COLEGIO SE VIENE A ESTUDIAR, cuántas veces habremos escuchado esa frase, ¿no? Como si uno pudiese limitarse a eso y nada más. (Inevitablemente se nos viene a la memoria la imagen de The Wall, we don't need no education, we don't need no thought control, no dark sarcasm in the classroom, y el picadero de carne donde pasan los alumnos...)

Está claro que no seríamos lo que somos sin nuestros padres, sin nuestros maestros, sin el aguante de los amigos. Pero tampoco sin todo eso que pasa ahí afuera del aula, en las calles, con la gente. Quienes ensayaron laboratorios de dogmática han perdido una y otra vez la pulseada contra la voluntad crítica y transformadora. Quienes creían saber qué es lo mejor

para nosotros fueron sorprendidos por la incalculable potencialidad del gobierno democrático de la comunidad educativa. Quienes pensaban en atriles y en pupitres clavados al suelo como la única posibilidad de educar no pudieron nunca igualar los aprendizajes de la calle y de los proyectos autónomos, desestructurados y rebeldes que decidimos encarar.

Ahora andamos todos repartidos por universidades y facultades, cada uno con su vida. Pero persiste ese pasado en común, esos recuerdos, ese momento en el que empezás a ser otra persona, y a pensar distinto.

Cabe aclarar que no somos los primeros en plantearnos esto y entonces, ¿por qué lo hacemos? La finalidad práctica de que cada generación se pregunte a sí misma qué sentido se quiere dar es de una fuerza inigualable. Nos obliga a redefinirnos constantemente y a valorar toda nuestra capacidad.

Por todo esto creemos que SER EGRESADO DEL NACIONAL BUENOS AIRES IMPLICA UNA GRAN RESPONSABILIDAD, YA QUE FUIMOS QUIENES TUVIMOS LA POSIBILIDAD, A COSTA DE MUCHOS OTROS, DE ACCEDER A UNA EDUCACIÓN DE CALIDAD Y A UN COLEGIO CON RECURSOS INVALUABLES. DE NOSOTROS DEPENDE CONFIRMAR NUESTRO COMPROMISO CON ESA SOCIEDAD QUE NOS DIO ESTA OPORTUNIDAD, O COMETER LOS ERRORES DE MUCHOS DE NUESTROS EX ALUMNOS QUE DESGRACIADAMENTE SE SIGUEN REIVINDICANDO.

No hay que caer en la incomprendión y la insensibilidad de estar a espaldas de la gente. Endurezcámonos, como decía el Che, sin perder la ternura jamás. ASUMAMOS CON HONOR, ABNEGACIÓN Y COMPROMISO ESTE MANDATO, TRADUZCÁMOSLO COMO UNA RESPONSABILIDAD, SIN PERDER NUNCA LA REBELDÍA, LA AUTONOMÍA CRÍTICA Y LA INTENCIÓN CREATIVA QUE SON TAN PROPIAS DE “*las horas pasadas sobre los libros en los años primeros*”.

Para cerrar, queremos recordar que hace seis años, en el acto de primer año en este mismo aula, los chicos del coro aludían sin saberlo a todo lo que dijimos en este discurso recitando “Por qué cantamos” de Baglietto y compañía:

“*Usted preguntará por qué cantamos...*

Cantamos porque llueve sobre el surco

y somos militantes de la Vida

y porque no podemos, ni queremos

dejar que la canción se haga cenizas.

Cantamos porque el grito no es bastante

y no es bastante el llanto, ni la bronca.

Cantamos porque creemos en la gente

y porque venceremos la derrota.

Cantamos porque el Sol nos reconoce

y porque el campo huele a primavera

y porque en ese tallo, en aquel fruto

cada pregunta tiene su respuesta... ”